

entusiasmados, al terminar la merienda, los hombres cambiaban impresiones acerca de la marcha del negocio que llevaban en común, y las mujeres solían jugar un ratito con la abuela, mientras los niños se divertían proyectando vistas que adquiriría la abuelita siempre que tenía oportunidad para ofrecerlas a sus nietos en las tardes festivas. Los niños se divertían de verdad comentando los paisajes.

Hacia ya algunas semanas que Andrea observaba que después de merendar los hombres fumaban y se acercaban a la mesa de juego de sus mujeres, interviniendo en la suerte de sus respectivas esposas. Enrique solía quedar con su padre, pero sin entrar a fondo en ninguna discusión. Pero aquel domingo ocurrió de otro modo. Pronto se enzarzaron de tal manera, que todas las mujeres tenían el oído pendiente de lo que se decía en la otra sala.

Andrea parecía más preocupada. Percibía una cierta unanimidad de acusaciones de los hermanos, contra Enrique. Y el padre, ¿qué decía el padre? ¿Tomaría partido? Y mientras continuaba jugando, su mente bullía: las razones del malhumor y descontento de Enrique parecían justificadas. Allí, en el mundo de los negocios, indudablemente había ocurrido algo. ¿Cómo averiguarlo?

Tanto se enardeció la discusión, que la abuela se levantó para averiguar lo que pasaba, y todas las nueras siguieron tras ella. Andrea, más agobiada, más desconocedora de los motivos del disgusto, iba detrás. No la dejaban avanzar las demás.

El cuadro que ofrecía la sala era desolador para Enrique. Todas las voces, todas las gesticulaciones se unificaban en contra de él. Cada vez que el padre intentaba intervenir, los demás hijos lo impedían; con su vocerío dominaban la situación. Enrique se defendía; los mantenía a raya; pero la actitud amilanada de su padre le iba restando fuerzas para continuar. Este cuadro impresionó profundamente a Andrea.

La llegada de la madre varió el cuadro. Agra-

vó la situación. De entre las voces, una destacó: «Quizá tengas razón, Enrique; pero toda la vida has tenido un carácter insoportable.» El vaso se colmó. Enrique se dejó caer, sentado en una butaca, y el silencio se hizo. Duró poco. Las demás cuñadas, dirigiéndose a Andrea, afirmaban:

—Eso es, eso es; tu marido tiene una conducta inaguantable para sus hermanos. Tienes que reconocerlo, Andrea.

—Y tú nada haces para suavizar la situación—añadió la abuela—, dirigiéndose también a la esposa de su hijo Enrique.

—Si no sé de qué se trata—replicó ella.

—Tú siempre haciéndote la desentendida—dijo la abuelita—. Y añadió: Y tus hijos chillando más que ninguno; ese Gonzalo es un alborotador, y Carmen una pizpireta.

Enrique no podía más. Seguía sentado y se levantó súbitamente, cogió a su mujer con violencia por el brazo y dijo con voz estentórea:

—Gonzalo, Carmen, vámonos.

—De ningún modo, Enrique. ¿Por qué nos vamos a marchar así? Es la casa de tus padres, de nuestros padres, de los abuelos de nuestros hijos y no podemos hacer eso. Vamos, siéntate y aclaremos qué ha pasado. Que me entere yo de lo sucedido. Aquí todo el mundo calla, no debe ser tan grave el motivo de la discusión.

El abuelo dijo: «Tiene razón Andrea, no debes marcharte nunca de esta casa, y esta tarde no debes salir hasta que se aclaren los malentendidos que existan entre vosotros, señalando a todos los hijos.»

La abuela añadió: «Enrique, ya sabes que siempre te ha perdido el carácter. Mira, Andrea, Enrique lo quiere mandar todo, y debe comprender que sus hermanos tienen el mismo derecho que él. A más, como su padre ha estado siempre de su parte, ha podido predominar en el negocio. Pero ya se acabó. Sus hermanos han decidido tomarlo por su cuenta. Lo mejor es que le compren su parte, y él, con su dinero, que trabaje solo en otra cosa.»